

Giorgio Scerbanenco
El gran encanto



«EL GRAN ENCANTO» es un libro de amor y de aventuras, un relato cargado de tensión, muy al modo de Scerbanenco, con su característica dosificación de violencia y ternura, con la habilidad constructiva, el ácido humor y el desgarrador expresivo de sus grandes novelas policíacas: *Los milaneses matan en sábado*, *Pequeño hotel para sádicos*. *Traidores a todos*. Pero «EL GRAN ENCANTO» no es esencialmente una novela policíaca, aunque el *suspense* llevado al paroxismo sea una de las características más notables de la narración. «EL GRAN ENCANTO» es la historia de un hombre marcado por una grave enfermedad y condenado a la marginación. Una serie de tipos femeninos, asombrosamente diversos y vividos, se cruzarán en su camino, y a través de estas mujeres José Forter intentará reconstruir su vida, superar su opresiva conciencia de soledad, convencerse a sí mismo de que es un hombre normal. Giorgio Scerbanenco abandona también en este libro, por una vez, sus paisajes predilectos, el mundo urbano de la Italia industrial, para concentrarse en una ambientación rigurosa del desierto de Nuevo México que Scerbanenco nos muestra con perspectivas muy distintas de la habitual trivialización cinematográfica. Centrada en un denso problema anímico, la novela gana en hondura y variedad a través del planteamiento dinámico de Scerbanenco y de la diversidad de personajes que sirven de contrapunto a la torturada personalidad del protagonista. Una vez más, Scerbanenco demuestra que es posible hacer lo que con cierto tono despectivo se ha venido llamando “novela de evasión”, pero impregnándola de dignidad literaria, de densidad humana y de emoción.

1

José Forter estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada en un pino. Desde aquel lugar de la montaña, cerca del puesto, se veía todo el pueblo, Vajos, con el blanco case-río diseminado en lo profundo del valle donde serpeaba la cinta amarillenta del río.

—¿El señor desea que le prepare el almuerzo?

Miró a Isabel. Estaba parada junto a los caballos, des-
envolviendo el paquete de provisiones.

—No. Alcánzame la botella.

Miraba ahora apáticamente a la muchacha, que vestía pantalones y una camisa hinchada por el viento. Los cabellos negros le enmarcaban la cara.

Isabel le alcanzó dócilmente la botella de tequila.

—Siéntate aquí, a mi lado —invitó José mientras desta-
paba el recipiente, bebió el líquido a grandes tragos—. Puesto que disponemos de un par de horas hablemos un poco —propuso, al tiempo que ajustaba de nuevo el cor-
cho—. Dime: ¿quién te paga para que me acompañes?

Estudiaba atenta y burlonamente a la chica, y su expresi-
ón irónica y amarga se contradecía con su cara joven, sa-
na, de muchachote deportivo.

—Vamos, habla, no creas que no lo supongo.

Pero Isabel permanecía impassible. Era realmente mía mexicana y sólo sabía responder con el silencio, con la in-
movilidad estatuaria de su rostro inexpresivo.

—Está bien —concluyó José—. Intentemos entonces otro
medio más directo: ¿cuánto exiges por decirme la ver-
dad? —Y como ella se mantenía en silencio, mirándolo
serena pero impassible con sus grandes ojos oscuros, insis-

tió—: Puedo darte tantos dólares como para que vayas a Santa Fe e instales allí un taller de costura.

—No me gusta Santa Fe —le respondió ella.

Su voz era cálida y tan plena de femineidad, que se sintió conmovido y, de pronto, pensó en la posibilidad de olvidar toda aquella amarga historia y estrecharla entre los brazos, como ella esperaba dócilmente. Volver a sentirse vivo entre los vivos, después de tantos años —¡parecían tantos^ y sólo habían sido tres!— sin un beso de mujer, un perfume de mujer, una caricia de mujer... Pero algo, interiormente, le roía sorda y rabiosamente, impidiéndoselo.

—Si te disgusta Santa Fe, puedes ir a Albuquerque o a Tucumcari. Nuevo México es grande, y si Nuevo México no te basta, puedes irte donde quieras; pero debes hablar.

Dijo esto mientras encendía un cigarrillo a la espera de su respuesta, pero Isabel continuaba allí con la inmovilidad de ídolo propia de su raza, con el rostro flaco, tostado, oliváceo, un poco inclinado de inexpresivo.

—¿Tú no crees que pueda darte tanto dinero? —insistió José—. Ignoras que soy muy rico. Este valle es mío, con la aldea, los hombres y los animales. Todo el altiplano es también mío; lo he heredado de mi padre. ¿Sabes cuántos pueblos hay allí?

Isabel asintió. Ahora lo miraba con una admiración melancólica que arrancaba diminutos fulgores de sus ojos.

—Cinco pueblos —repuso.

—Cinco pueblos grandes —corrigió José, sintiendo que tal vez estaba a punto de vencerla—. Y también son míos los indios del desierto que hay alrededor —y sonrió para sí al decirlo—. Acuden a ofrecermme, como homenaje, pieles de pumas, porque el patrón de esta mesa soy yo, y no el sargento americano y sus seis soldados.

—Lo sé —respondió Isabel.

—Entonces dime quién te paga para que estés conmigo —insistió José—. Todos me huyen, los campesinos se in-

clinan a mi paso, pero se mantienen alejados, y las señoritas del salón de baile se marchan cuando entró; solamente tú bailas conmigo y pasas los días a mi lado, vives en mi casa y por las noches no cierras la puerta de tu cuarto.

Isabel estaba de rodillas, sentada sobre los talones, ceñido el cuerpo –incluso con exceso– por sus pantalones de hombre. José tenía que esforzarse a menudo por apartar su mirada y su pensamiento de ella, y seguir aquella lucha sorda. Por último, la vio levantar y volver hacia él su hermoso rostro, ávido y apasionado.

–Quisiera regresar con los míos, volver a México, a Navajos –dijo.

–Te daré todo el dinero que necesites y haré que pongan en orden tus papeles para que vuelvas.

–Si pudiera comprarme allí un pedazo de tierra y algún animal, aún me podría casar señor.

Y continuaba enumerando todo aquello que deseaba, pero tal vez dudaba que algún día llegara a conseguirlo. Acaso pensaba que se trataba de un juego cruel del señor. A veces, los yanquis son crueles.

–Tendrás la casa, la tierra, los animales y también una dote –le aseguró José, y el tono de su voz era tan franco, que la muchacha comprendió que, en efecto, tendría todo aquello, pero a condición de que quisiera hablar.

Abrió mucho los ojos y dejó ver un poco del blanco que rodeaba sus pupilas negrísimas. Sus labios carnosos, al abrirse mostraron los dientes, tan blancos.

–¿De verdad el señor me daría todo eso?

–De verdad, estúpida, de verdad –le respondió él a gritos.

–El señor es demasiado bueno –murmuró Isabel apoyando su pequeña mano olivácea, de pálidas uñas, en la mano fuerte y grande de José–. Pero ahora ya no podría volver a mi pueblo; dicen que soy una perdida porque me escapé con un americano sin haberme casado, y tal vez tengan razón. Lo único que yo quería era soñar un poco.

Y, en efecto, hablaba como en sueños o como si estuviera contando mi hermoso cuento.

–Nada de todo eso tiene importancia –dijo rudamente José, a quien el dolor seguía atormentando y lo volvía insensible al dolor de ella–. Te he dicho que te daré dinero suficiente para que vayas donde quieras, incluso a Nueva York. Pero tienes que hablar.

–No hace falta dinero –respondió Isabel, que había arrancado una flor de yuca blanca amarillenta y la estrujaba entre los dedos–. Hablaré lo mismo, si eso complace al señor.

–Y yo te daré igualmente el dinero.

Una especie de languidez enturbió la mirada de Isabel.

–Hablaré porque el señor lo desea, no para ganar dinero.

–Gracias Isabel.

De improviso, se sintió invadido por una sutil emoción. Eran orgullosos y generosos los mexicanos. En ese instante hubiera regalado una pulsera de oro a la muchacha. Isabel aspiraba el perfume desvaído de la flor estrujada de la yuca.

–Fue el doctor americano –dijo.

–Lo imaginaba.

Y una expresión irónica y amarga afeó de pronto el rostro de José, tan fresco e ingenuo.

–Se presentó hace diez días en Albuquerque, en el café donde yo trabajaba. Cantaba. Una vez terminado mi número, me mandó llamar, me lo contó todo y me preguntó si accedía a venir a Vajos a acompañar al señor. Me explicó lo que debería hacer. Tenía que llegar aquí como una mexicana de paso que iba a reunirse con su familia en Arizona. Luego, el doctor americano se encontraría conmigo como por casualidad y me propondría trabajar con usted, señor. Y así ha sido.

Isabel calló. Miraba los dos caballos, atados al pino, que de vez en cuando se refrotaban los hocicos el uno al

otro. Al fondo, el valle ardía a causa del incandescente sol de mediodía.

–Y tú ¿estás segura de mi curación?

Allí arriba, cerca del puerto, a la sombra de los pinos, todo era fresco y límpido, y hasta sus voces resonaban claras y cristalinas.

–No lo sé, señor –dijo Isabel, y se volvió hacia José casi con ternura–. Lo que sé desde siempre es que quien ha ido a la isla de Mina no ha vuelto más. Pero los doctores americanos han hecho tantos milagros que, tal vez, también hayan conseguido éste.

–Y tú ¿aceptaste acompañarme sin estar segura de mi curación? –el tono con que la interrogaba era áspero, impaciente.

–Señor –repuso Isabel con sencillez–, no tengo miedo de morir. Hay muchas cosas peores que la muerte, y yo tenía necesidad de dinero cuando se presentó el doctor americano. No me importaba nada más.

La voz de la joven reflejaba tanta tristeza, que por un momento José sintióse aliviado de su propia pena.

–¿Para qué necesitabas el dinero?

–Es una historia triste, señor –comentó Isabel sacudiendo la cabeza.

–Da igual. Cuéntamela.

Furiosas ráfagas de viento hacían balancearse los pinos e hinchaban la áspera camisa blanca de la muchacha. Cuantas veces se abría el escote, se dejaba ver el bronceado oliváceo de su piel, uniforme incluso en el nacimiento del seno, abundante y alto.

–Nada extraordinario, señor. Aquel americano con el que escapé de mi casa, me abandonó en Santa Fe sin cumplir su promesa de casarse conmigo. Yo tenía que vivir de algo, e hice muchas cosas sin dejar de ser honesta. Después me enamoré de un español, pero era pobre y tuve que mantenerlo. Así fue como comencé a cantar en los

cafés. No era un buen trabajo, pero me permitía seguir siendo honesta.

Se hizo un largo silencio, y José insistió:

—¿Y después?

—Después, un día él mató a un hombre para robarle, porque no podía soportar la pobreza, y entonces comenzamos a huir. Pero no era fácil mantenerlo oculto. La policía de los Estados Unidos es hábil, y hacía falta mucho dinero. Si la noche en que el doctor americano me hizo su proposición yo no hubiera tenido trescientos dólares para enviar ilegalmente a México a mi hombre, lo hubieran detenido. Entonces le dije al doctor que aceptaba, y así logré que él huyera.

José sintió como si el infortunio de ella se sumara al suyo. Aquellos profundos ojos negros hablaban y decían mucho más que las simples palabras. Sacó la pitillera del bolsillo de la camisa y ofreció:

—Fuma.

Le encendió el cigarrillo. Él también fumó, destapó la botella de tequila y tomó otro trago.

—Y así fue como, para salvar a ese hombre, aceptaste hacerme compañía, estar a mi lado. Crees que todavía estoy enfermo, ¿verdad?

Isabel estaba mirando, más allá del puerto, los altos picos nevados de la cordillera. La nieve, a mediodía, brillaba como nunca, reblandecida y derretida por el sol.

—Me siento feliz porque ya no está enfermo —dijo, y después de aspirar el humo del cigarrillo agregó, dócil al destino—: Pero aun cuando no fuera así, no tendría miedo.

En ese momento José intentó una vez más aquello a lo que se había jurado renunciar para siempre: tratar de convencer a otro ser humano de que, efectivamente, estaba curado. Esperó ansioso y apasionadamente conseguirlo.

—Mírame la cara, Isabel, mírame de cerca. Dime si mi cara es la de un enfermo —la tema cogida por el hombro con su mano grande, y acercaba a su rostro su propia piel

tostada y lisa—. Estoy sano, Isabel, debes creerme. Mira, ni una sola señal, ni una cicatriz. De no ser así no hubiera regresado a mi tierra, entre mi gente.

Ella lo miraba, dócil, fascinada por aquella voz ardiente, por aquel ímpetu. Miraba sus hermosos cabellos rubios, que atestiguaban su ascendencia anglosajona y que ejercían sobre la muchacha mía fascinación íntima. Estaba tan cerca de su rostro, que podía aspirar el perfume de la crema de afeitar.

—Mírame las manos, Isabel; los dedos. Ningún vestigio, ni una sola cicatriz. Cuando me fui de aquí, hace tres años, tenía las manos vendadas.

Parecía que Isabel miraba aquellas manos, no para comprobar que eran sanas y perfectas, sino como si esperara ser estrechada y acariciada por ellas.

—Mira aquí también —José, furioso, se abrió la camisa de seda impermeable y se la quitó—. Mira mi espalda. ¡Estoy sano! ¡El mal ha desaparecido!

Sólo un momento después se dio cuenta de que había gritado.

Y ella observaba el potente tórax recubierto de una espesa pelusa rubia que se oscurecía en medio del pecho. Estaba a punto de levantar su mano y acariciar al joven gigante americano al que veía siempre entristecido, encerrado en sí mismo.

José había recobrado la calma. Volvió a ponerse la camisa y se abotonó en silencio. Más sereno, dijo:

—Tú no eres una campesina ignorante, Isabel. Has estado en la ciudad y has visto muchas cosas y puedes entender. Debes creerme: estoy curado. Aunque nadie haya regresado de la isla de Mina, yo he vuelto; estoy aquí, porque los médicos americanos han descubierto la forma de curar este mal.

No necesitaban nombrar la enfermedad. Los dos sabían de qué se trataba. Les constaba que quien la contraía

no tenía otra esperanza que ser recluido en la isla de Mina, perdida en el Pacífico, para morir allí.

–Escucha, Isabel –continuó esforzándose por mostrarse sosegado, pues tal vez sólo así podría convencerla, y si lo conseguía, lograría convencer también a los otros mexicanos, a las rudas gentes de su tierra–. Escucha: los periódicos de todo el mundo han hablado de mí. Me han visitado docenas y docenas de médicos. En Los Ángeles, y para demostrar que estaba segura de mi curación, la esposa de un médico me dio a besar a su niña. Pero allí son civilizados, y comprenden que no me hubieran dejado marchar de la isla de Mina sin estar seguros. Aquí, en cambio, no me creen; son ignorantes y supersticiosos. Aunque se trate de mis propias gentes, aunque hayan visto nacer a mi padre, aunque saben que yo no sería capaz de engañarlas de una manera tan horrible, aun así no me creen. Sacuden la cabeza, me saludan respetuosamente de lejos, y rocían con petróleo y prenden fuego a las cosas que he tocado... ¡Oh, Isabel! ¡Es horrible, horrible! –Se apretaba los puños contra los ojos y agitaba la cabeza–. ¡Es horrible, Isabel! He vuelto a mi pueblo esperando poder reanudar el trabajo de mi padre, enriquecer cada vez más mis tierras y a mis hombres, casarme con una mujer de aquí, como mi padre... En cambio, no me creen. En todas las personas que me rodean advierto el terror al contagio, y el doctor Paulker debe ir a Albuquerque a buscar a una mujer –tú–, a un ser humano que me haga compañía ¡y pagándole!

Dejó escapar dos o tres gemidos roncós, sin apartar los puños de los ojos. Más tarde, en medio del silencio, se oyó el golpear de cascos de caballos, y el susurro de los pinos, sacudidos en aquel momento por una ráfaga.

Isabel le tomó de los puños y se los alejó del rostro. José abrió los ojos, enrojecidos y sin lágrimas, y la vio muy cerca de él, sintió la fragancia de su piel cálida, notó los suaves brazos rodearle el cuello, y percibió los profundos ojos negros que le contemplaban con amorosa intensi-

dad. Los labios jugosos, que cada vez se aproximaban más a los suyos, se movieron despacio:

–Yo te creo, José; te creí apenas te vi. No te atormentes más, amor, no te atormentes.

Antes de la puesta del sol, volvieron a montar a caballo. Descendían despacio por el estrecho sendero pedregoso, José delante e Isabel detrás. De vez en cuando, los últimos arrendajos hendían el aire de regreso al nido, y la agradable fragancia de pino desaparecía a medida que bajaban.

Concluido el angosto sendero de cornisa, José detuvo el caballo en el claro en torno al arroyo, y permaneció irnos instantes mirando las aguas que discurrían sobre las rocas y se precipitaban montaña abajo. Luego contempló las blancas casitas de Vajos, pero apartó en seguida los ojos. ¡Su gente, su pueblo, su mesa!

La verdad es que prefería beber, así es que tentó la botella. Isabel acababa de llegar junto a él.

–¿Por qué sigues bebiendo, José?

Se la quedó mirando. Por un instante, el sentimiento de infinita dulzura experimentado antes, entre sus brazos, inundó su corazón. Luego, todo desapareció, y se sintió frío, aterido.

–Quién sabe –le repuso, de mala gana—... Porque es lo único que me queda.

La miraba con indiferencia, sin amargura, pero sin ningún calor.

–¡Eras tan feliz hace un momento, José!

–Sí, pero ahora no –replicó él en tono de cansancio.

–¿Por qué José?

El rostro de la joven reflejaba pena y melancolía. Su caballo se desvió, y ella lo hizo retrasarse para mantenerse junto al de José.

–Porque no tengo a nadie en el mundo, Isabel, ni siquiera a ti. Sigo siendo el de la isla de Mina, incluso para ti.

–No es verdad, José –pero ella misma percibió en su voz un matiz de insinceridad, y repitió, como todos los que mienten–. No es verdad. Te lo he demostrado.

José apoyaba la mano en la funda del grueso revólver que le pendía del cinto. Le habló con la cabeza baja, contemplando el agua espumeante del torrente.

–Escucha, Isabel: tú has querido salvar a tu hombre, y por eso has venido junto a un leproso. –La palabra ya estaba dicha, pero él hablaba tan despacio y tranquilo que no pareció tan terrible–. Ahora estoy tan sano como tú y como tu hombre, pero no puedes creerlo. Sólo que nada te importa, aparte haberlo salvado. –Mientras hablaba, había sacado un cigarrillo, e hizo una pausa para encenderlo –. Eso lo comprendo muy bien y te admiro, Isabel. Y te doy las gracias pues por un momento me has hecho creer que había vuelto a ser un hombre normal, como todos, al que todos pueden estrechar la mano y ofrecerle de beber en el mismo vaso. Te doy las gracias, Isabel. He sido feliz un instante entre tus brazos. Luego, he comprendido. No te lo reprocho, Isabel; sé que no puedes creerme. En estas montañas, en estos desiertos, la palabra de la ciencia se resiste a ser creída, reinan la superstición y la ignorancia, y el milagro es tan grande que sólo allí, en los Estados del Norte, pueden comprender que es verdad y creerlo. Pero aquí, no, y ni siquiera tú, me consta. No debes mentirme, pues no serviría para nada. Lo has hecho por amor a tu hombre, y tal vez también por piedad.

Se detuvo un poco a mirar el rostro impasible de la muchacha, en el que sólo estaban vivos los ojos, gracias a los rápidos destellos que los iluminaban. No precisaba su confirmación para saber cuál era la verdad, pero la tuvo igualmente.

–No es por eso, José –murmuró Isabel sin moverse, con la inmovilidad estatuaría de los mexicanos en las situaciones graves y dramáticas–. Ni por él, ni por piedad. Tal vez sólo porque eres tan alto y tan fuerte.

Retuvo el caballo, que se empeñaba en seguir desviándose. Evocaba el pecho de José, amplio, poderoso, cuando lo descubrió para mostrárselo, y sus manos, ágiles y grandes, tanto que parecía que podría abarcarla entera con el puño.

–Pero no puedo mentirte –añadió–. Te creo con la mente...

–Aunque no con el corazón –interrumpió José–. Lo sé. Si razones, no tienes miedo de mí, pero todo tu cuerpo y tu sangre tenían miedo, yo lo sentía, y aún siguen teniéndolo. Comprendo. –Se la quedó mirando, ahora con una leve sonrisa, y le tomó una mano–. Aquí no se acostumbra, Isabel, pero en el Norte, sí. Te agradezco la ternura que me has dado y tu sinceridad. –Se llevó la manecita ahusada y olivácea a los labios y la besó–. Acepta una pequeña suma, Isabel. Conseguiré para ti un pasaporte, y luego dos de mis hombres te acompañarán a Albuquerque, y de allí a la frontera con México. Podrás estar con tu hombre, con ese dinero, y te deseo que seas feliz.

Algo aún más vivo y brillante cruzó por los ojos de Isabel.

–En México, entre nosotros, esta es la costumbre –dijo, y tomó la mano de José, la llevó a sus labios, la besó levemente y luego la colocó sobre el seno.

José retiró la mano.

–Vamos, Isabel.

Continuaron descendiendo. El crepúsculo es breve, tan al Sur. Cuando llegaron a la polvorienta calle de la aldea, en el fondo del valle, iluminaba más la luna, blanquísima y llena, que la última estría verdeada por el sol en el cielo.

La casa de José Forter estaba apartada del pueblo, un poco más arriba, en la ladera de la montaña. Por la noche se reconocía en seguida por la luz eléctrica que la iluminaba. Un motor de gasolina suministraba el fluido. Llegaron sin encontrar a nadie.

–Hallo! He aquí que ya estáis de vuelta. ¿Ha ido bien?

Era el doctor Paulker, que los saludó apenas traspusieron la cancela. Se trataba de un hombre alto y grueso, de origen irlandés, que había sido también médico del padre de José. Este último no contestó, e Isabel tampoco. Habían desmontado y conducían los caballos a la cuadra. El doctor, llamado más familiarmente Doc, les seguía, hablándoles.

—Mañana podréis ir a Luma. Se celebra la danza sagrada de los indios para implorar la lluvia. Acuden todas las tribus, todas, de todas partes. Si estuviera un poco mejor, yo mismo os acompañaría.

José e Isabel penetraron en la cuadra. Doc encendió la luz, que iluminó los pesebres bien ordenados, y las instalaciones recién barnizadas.

—Sólo hay cuatro horas a caballo de aquí a Luma.

Permanecían callados, atareados desensillando los caballos. Pero más tarde José levantó la cabeza y dirigió la mirada a Doc.

—Déjame en paz, Doc.

El médico estaba acostumbrado a aquellas salidas, y comprendió que debía callarse.

Poco después se sentaban a la mesa. La cocina y todas las tareas domésticas corrían a cargo de dos soldados que el sargento de la guarnición había puesto al servicio de José. Toda la servidumbre anterior —la cocinera, las dos criadas, el mozo de cuadra, el guardián e incluso la anciana Manuela, que lo había visto nacer— se alejó, negándose a trabajar con él cuando regresó. Temía contagiarse. Cada vez que José veía a los dos soldados evolucionar por la casa, sentía deseos de ponerse a gritar o de huir. Un poco persuadido por las suaves peroratas de Doc, se hizo la ilusión, en los primeros tiempos, de que, poco a poco, llegaría a convencer a aquellas gentes. Con sólo dejarse ver, tan fuerte, alto, joven y saludable, todos acabarían comprendiendo que ya no estaba enfermo. Pero la ilusión se desvaneció de golpe.

Comían en silencio José, Isabel y Doc, en la gran mesa de la amplia sala de paredes blancas, decorada al estilo español. Las botas de los soldados, que iban y venían de la cocina, resonaban sobre el pavimento de madera. José comió mucho, aun sin ganas, bebió mucho vino y luego se mandó servir whisky. Pero no saboreaba nada; era como si bebiese agua. El silencio iba haciéndose más tenso, y el chasquido que produjo el encendedor de Doc, que se había puesto entre los labios un cigarro, resonó fuertemente.

—Has cometido otra tontería, Doc —dijo al cabo José—: la de comprarme una compañía.

Doc lanzó una ojeada hostil a Isabel antes de responder:

—Si esta mujer no hubiera hablado...

Lo interrumpió:

—Igualmente lo hubiera imaginado. Eres un poco ingenuo, Doc. De todas formas, Isabel se va mañana. Debe ir a México. Haz que la acompañen a la frontera, a El Paso, y consíguele un pasaporte. Además le entregas el dinero en efectivo que tengamos en casa. —Recordó entonces que aún llevaba el revólver al cinto, se lo quitó y lo puso encima de la mesa—. Yo por mi parte, también me iré. No sé bien dónde, pero dejo todos mis negocios en tus manos. Creo que te habrás convencido de que no puedo quedarme.

Abandonar su valle, sus pueblos, a sus gentes, y para siempre. Había luchado hasta el fin contra esta solución, pero... Era mejor dirigirse al Norte, tal vez a Nueva York, donde nadie lo conocía, y vivir allí como un rico propietario del Sur que no tiene nada que hacer. Así de simple resultaba.

De aquellas tierras lo echaban, pues la gente le tenía horror. Se iba, pues, y eso era todo. Resultaba inútil caer en el sentimentalismo.

—No bebas de esa manera, José —le advirtió Doc con firmeza, sin contradecir su decisión.